

Limpia

Nunca le había caído la baba como aquella tarde. La recordaba ahora, cuando la mesa de mármol se llenaba de chatos de vino y él y los demás se sentaban a contar historias. Eran unas historias que siempre rondaban la más desbordante de las fantasías. La suya tenía que ver con la mujer más hermosa del mundo. Un día entró en el bar chopada por la lluvia y pidió un café con leche muy caliente, con el café y la leche hirviendo para entrar pronto en calor. Llevaba un vestido rojo que le cubría hasta un poco más abajo de las rodillas, de esos que resaltan las caderas y el culo y se estrechan después, de esos que tienen dos cortes a cada lado y dejan ver un pedazo de muslo. Recuerda el escote descomunal y las tetas impresionantes. Y también recuerda cómo el vestido se le pegaba al cuerpo y confería a su figura la condición irrepetible de diosa olímpica. Mientras se tomaba el café con leche le llamó para que le secara los zapatos de estrecho tacón y le diera una capa de crema para que la piel no se cuarteara. Entonces ella se levantó el vestido por encima de las rodillas y asentó uno de los pies en la caja de madera, al tiempo que cruzaba una pierna sobre la otra y balanceaba nerviosa el pie libre en el aire húmedo que se colaba por la puerta del café. Cuando terminó con el primer zapato y la mujer cambió de postura para balancear la pierna contraria, él pudo ver allá dentro, en la brevedad de aquella ceremonia que apenas durara unos segundos, el enorme órgano desnudo de ataduras que dormía entre los muslos, como un obelisco romano aflorando entre la selva tupida de un pubis violáceo. El corazón le dio un vuelco y empezó a sudar. Al levantar la cabeza se encontró con una sonrisa deslumbrante y una cabellera que, rizada por la lluvia, parecía las cataratas del Niágara pintadas de amarillo. Nunca, ni en ocasiones que como ésta se brindaban para contar historias más o menos fantásticas, se le ocurrió hacer referencia a lo sucedido aquella tarde. Y no por nada, sólo porque siempre hay algo que a uno le gusta guardarse para sí mismo y él, aquella tarde, había pegado, con la mujer extraña del vestido rojo, el polvo más grande de su vida en los servicios de la cafetería. Esta historia sólo a él le pertenecía y, además, seguro que los burros de sus contertulios jamás entenderían que la diferencia entre una mujer y otra mujer no es insalvable por más que una columna romana, dura como el mármol, se yerga entre el bosque de algas que cada mañana perfuman, con aromas de flores salvajes, todas las mujeres que se pasean por las calles de la ciudad y del mundo entero.